

reglas del teatral, el partido era bastante caótico. Pete tomó un giro trágico cuando unas de las ranas, movida por una sobrecarga, saltó al hombro de Gora San, metió la cabeza en la oreja del magnate y dijo una palabra: Cucú. Un inconveniente de la bigamia es que en caso de adulterio hay que decidir cuál es la culpable. En el furor que lo acometió, no quiso pensar: las mataría a las dos. Saltó sobre la que tenía más cerca y la estranguló. Quiso la mala suerte que fuera la fiel; la infiel escapó, montada en la pelotita de las ranas, confiando en que la llevaría a Corea (en realidad fue a Osaka). El cornudo justiciero se quedó mirando el cadáver. Su condición habrían incumbido a un criminal convencional. O al menos eso creía él. Pero en realidad ningún ser, en el Universo, es inmune a la mala suerte. Una suave música melódica se abría lentamente sobre el picnic, como un segundo paraguas. En efecto, el perfume de las velas era un perfume Débussy.

En Oklahoma, lejos de los crisantemos, una gota se enfrentó con Trementina en combate singular. Trementina era un hombrecito delgado, rubio, muy parecido a Kant, muy bien vestido a la última moda, pero sin estridencias. Su sola estridencia era el jopo, que por coquetería y distinción mantenía sin gel, por pura escultura de cabello, altísimo: un centímetro. Esta medida sólo les parecerá escasa a los que no sepan que Trementina media dos centímetros; o sea: tres, con el jopo. Entre los torbellinos de polvo que levantaban los vientos de la llanura, Joe Pete Gora exclamó: "Él o yo". Uno de los dos debía morir. Lamentaba, en el fondo de su alma de óleo de artista, tener que destruir a un ser tan bello como Trementina, un bóbolito viviente tan decorativo en un mundo bárbaro, pero era necesario.

El mundo es grande y hay lugar para todos, nadie lo sabía mejor que una gota vagabunda, y sin embargo hay circunstancias en que lo incompatible se hace clamoroso. Tampoco hay que lamentarlo tanto. La muerte de unos es la vida de otros; y la vida de unos, la simple y mera vida que uno está viviendo, la vida rutinaria y aburrida y sin sentido, está tejiendo la muerte de algún otro genial y novelesco. Y quizás el arrepentimiento le diera algún sentido a su deriva. Confiado en su elegancia, que hasta ese día le había valido todos los triunfos, Trementina se precipitó sobre la gota con una pistola de cactus, y le vació el cargador encima. Joe Pete Gora tenía una nariz negra perfectamente esférica; en realidad era una bola de goma, que absorbió las nueve balas. El contraataque fue un sueño que envolvió al contrincante en un precámbrico pastoral, y cuando vinieron a buscárselo sus amigos del club de bridge no lo encontraron. Nunca más se lo vio. Joe Pete Gora siguió su vida de extractor industrial de rosa de cactus, que exporraba a Corea como revelador fotográfico en solución de gelatina, próspero, satisfecho, casado, pero de vez en cuando se le aparecía el fantasma del muerto, en forma de una musicuita triste. Él se lo sacaba de encima diciéndose que toda música es triste, y que esa fatiga de vivir que lo acometía era natural, pero en sus momentos de sinceridad reconocía que al matar a Trementina había matado la elegancia que había en él, y la elegancia es una forma de energía.

Cuando llovía, la gota Euforia se aceleraba, se volvía gota de cerebro. Cuando todas caían, ella se elevaba. Gravedad la miraba pensativo, preguntándose: ¿de qué me servirá? ¿Qué provecho podrá sacarle? Euforia arravesaba las nubes gritando: "¡Soy una gota de Extrema Unión!" El agua y el aceite no se mezclan nunca. Se divorcian después de todas sus